

dable. Anunciar la muerte era un acto *cariñoso*. Sobre el espacio en desorden, de grupos indios entregados, dispersos, en fuga, avanzaba la topadora mística convertida en una manera de autorrepresentarse el europeo magníficamente cercano al Poder, más alto e inconmensurable que todos. Dios era el respaldo de la física.

VIII. La física de la guerra monstruosa

Chaco, un formidable triángulo trazado por ríos de personalidad disímil, sistema cerrado alimentándose de sí mismo, poseía un *input* reconocido como una enorme reserva de materia y energía acumulada. El espacio, imaginado como *monstruoso* por la civilización fronteriza blanca, se agotaba a sí mismo y renacía, se *embuchaba* (Morin, 1977). Pero la física conquistadora de selección, observación y definición de las máquinas vivas en su interior, iniciaba su desintegración. La ecodependencia estrecha de los clanes con la fauna salvaje, la de ésta con el paisaje vegetal, eran fuente de la introalimentación del sistema. Las membranas de cada subsistema aparecían rígidas y permeables a un tiempo. Como cáscaras de huevos, permitían el paso de todas las fuentes energéticas y gaseosas para mantener en el interior del caparazón la fuente de la vida. La existencia se tejía en una dependencia ecológica extrema. La autoeco-organización tenía un complejísimo espectro de variables. La vida humana en el interior aparecía extremadamente dura, en particular cuando algún flujo natural se expandía anómalamente. Ello provocaba catástrofes que, en lo social, eran siempre demográficas. Pero al cabo, se reinstalaba la normalidad reiniciándose el ciclo de ascenso demográfico clanal sustentado por un aprendizaje mayor de la organización ecológica. Sin embargo, la auto-organización era extremadamente sensible a los cambios provenientes del exterior. El primero de ellos ocurrió en la segunda mitad del XVI. En el Chaco entraban vacas y caballos. Se filtraban desde el Sur y el Oeste. El espacio se cubría en el XVII de manadas cimarronas. La mayor parte de los clanes —otrora corredores pedestres— aprendió en un tiempo inusitadamente breve a cabalgar. Se transformaban en jinetes formidables, con técnicas de amansamiento y conducción basadas en la antigua información sobre la Naturaleza. Los propios españoles no entendían esta versatilidad espontánea para una cultura que les era, en apariencia, tan extraña. Los mocobíes podían vivir semanas enteras sin bajar de los caballos, durmiendo y alimentándose sobre ellos. La difusión de las vacas se operó en un proceso mucho más complejo. Con una praxis de cazadores, para muchas de estas etnias la carne por excelencia provenía de los tigres o *yaguaretés*. Esto suponía un saldo siempre cruento para am-

bos subsistemas vivos. Las jaurías contra los clanes dejaban muertos y heridos múltiples por ambos bandos. Cuando apareció la vaca cimarrona, la dieta de los clanes varió radicalmente. Los planteles vacunos mostrencos se reproducían con más velocidad que las etnias. Estas centraron la «caza» en las terneras, luego en las vacas parideras y como postrer predilección según el gusto, en los toros. Las vaquerías de los blancos utilizaban exclusivamente los cueros. La carne de centenares de miles de vacas quedaban en descomposición en los campos. Pero también la «caza» india de vacas seguía los parámetros comunes a la irracionalidad. En los canales de sus relaciones con la Naturaleza, aparecía el ruido de la práctica productiva bovicida de los exportadores de cueros de las ciudades.

El ganado cimarrón se eclipsaba a principios del XVIII. En el mismo período, las jaurías de yaguetés lograban un crecimiento de modo impen-sado. Los clanes habían dejado de cazarlos como práctica alimenticia ordinaria y las fieras, a su turno, se alimentaban excelentemente con las terneras libres. A mediados del XVIII las vacas «salvajes» se acababan; las ciudades fronterizas del Chaco organizaban en tanto cacerías anuales de tigres depredadores de sus ganados, en las que mataban por término medio unos cinco mil durante cada expedición. La demografía india se aceleró y necesitaba ahora de más alimentos. Pero cada vez había menos vacas sueltas y menos tigres. Se dirigieron entonces sobre las haciendas privadas de la frontera. Los hacendados necesitaban fuerza de trabajo semiesclava y los clanes requerían alimentos. La guerra fue tan inevitable como larga.

La frontera pasó a ser línea de exclusión. Distinción y pertenencia. No había intercambios. En lugar de disociación, filtro obturado. El proceso osmótico quedaba interrumpido. En tanto las reservas alimentarias disminuían en el interior del Chaco, la guerra aparecía en el imaginario blanco como un enfrentamiento entre la civilización y bandas de ladrones. La *barbarie*, categoría sobre la que abundara Sarmiento, aparecía tempranamente como un espacio sometido a los remolinos de los desbarajustes ecológicos, que obligaba a ciertas etnias a salir, y cruzar el espacio cada vez más reducido hacia afuera. Cuando los clanes en guerra penetraban la frontera, se transformaban en bandidaje informal. Para el imaginario blancoamericano, se convertían nuevamente en «bárbaros». El presente se escribía con categorías prestadas de la Gran Historia de la Gran Roma. Bárbaros por indios y bárbaros por germanos. La barbarie doble no podía dejar de impregnar las mentes de los estadistas republicanos de la élite latifundista.

A inicios del XVIII los clanes del Chaco irrumpían sobre los caminos virreinales. Las propias ciudades quedaban inseguras. Se gastaban gruesas cantidades en pagar escoltas de soldados que protegiesen, a veces inútilmente, las caravanas³⁴. El nuevo gobernador de Tucumán, a la sazón ca-

³⁴ Idem, *pág.* 313.

ballero del hábito de Santiago y natural de la provincia de Guipúzcoa, que había militado en los reales ejércitos de Lombardía por diecinueve años y pasado por todos los grados de la milicia hasta llegar a maestro de campo de la infantería española, se dio a la tarea de acabar con el monstruo. «Emprender la guerra contra los bárbaros del Chaco con el piadoso designio que al mismo tiempo concibió en su ánimo, de que se abriese por esta parte al Evangelio la puerta que había tenido cerrada más de veinticuatro años la infiel obstinación»³⁵.

Iniciaba una operación de pinzas sobre el engendro, con cuatro tercios salidos desde las ciudades de Tarija, Salta, Santiago del Estero y Asunción. Cada columna con un jesuita e indios convertidos de etnias múltiples. Por lo demás cada uno de los tenientes gobernadores de las ciudades restantes debían aportar pertrechos, *hombres*, indios y mulatos libres (*pardos*). El más grande ejército blanco español organizado en dos siglos en el Tucumán. El lugar de encuentro y nuevas salidas de las columnas sería el presidio real de Esteco, en medio de la selva. Mas la clave de la avanzada militar sobre el Chaco forma parte de la civilización material y la economía: los alimentos. El ejército arreaba ganado, para lo cual se elegía la primavera como la estación óptima. Los mejores pastos y las lluvias no prolongadas. Para los clanes nómadas en cambio, el ganado era siempre de caza. Mientras el ejército comía abundantemente, los guerreros indios y sus clanes empezaban a sentir el hambre, miserias inconcebibles, y la confusión se convertía en tono dominante.

«Flacos y macilentos, no sabían dónde huir, ni donde esconderse; porque como ellos mismos lo confesaron, todo el Chaco estaba lleno de Españoles, de manera que ni aún para buscar el corporal alimento, se atrevían a salir de sus madrigueras, los bosques más espesos e impenetrables breñas»³⁶. Hacia la una o las dos de la tarde los clanes iniciaban la comunicación con humo. Las columnas de humo se provocaban a partir de leña gruesa y seca, que luego de arder bien cubrían con haces de hierbas verdes. Como en el interior del monte no corría el viento por los altos árboles, el humo se elevaba vertical bajo la forma de columna o pirámide, descollando por sobre las copas más elevadas. Largas horas de humo para asegurar la transmisión del mensaje. La redundancia trataba de reparar los signos deteriorados por el ruido. Los ejércitos avanzaban lentamente por la obstrucción de los hormigueros altos como hornos de pan³⁷. Los caballos no podían pasar sobre ellos, y si un carruaje se hundía allí, había que destruir la montaña completamente con picos y palas. La táctica frecuente era la sorpresa sobre una aldea, que terminaba siempre con la huida de los clanes y el botín de los caballos abandonados. Estaba claro que estas etnias sin equinos dejaban de existir. Pero el arma principal eran los indios traductores. Éstos

³⁵ Lozano. Op. cit., pág. 314.

³⁶ Idem, pág. 325.

³⁷ Idem, pág. 326.

no sólo conocían la lengua de los clanes a conquistar sino también su cultura. Se metían en la selva como avanzadas del ejército blanco. Escuchaban las transmisiones en los canales tribales. Pero a su vez agregaban el ruido de informaciones falsas, desconcertantes, embarulladas, aturcidas. La aplicación de las técnicas de cacería salvaje contra los españoles daba por resultado a veces yerros notables. Los indios lanzaban sus armas al pecho de los blancos, como al de los animales, pero allí se topaban con las corazas. El contraataque quedaba en poder del español.

La estrategia de guerra blanca se basaba ahora en eliminar la incertidumbre de la Naturaleza, subdividirla en sus partes y apropiarse de un monstruo reconvertido en disposición metódica, clasificación y regularidad. Eliminar las antinomias. Reducir y simplificar. Desfecundar al ecosistema. El saber sobre la organización se autorrepresentaba como organización del saber. Nociones marginadas se desechaban sin lamentaciones. Ninguna concepción antigua podía rehabilitarse en la guerra. Nada más moderno en la conquista que la propia concepción de la guerra, su dinámica y filosofía. Era el sistema muscular de la victoria.

La crisálida de la información moderna actuaba como estado intermedio entre la fe mística y las necesidades burguesas. En el XVIII, los macroconceptos se desplazaban cuando no servían para definir y delimitar a los objetos individuales y nociones simples. La conquista al Chaco se reproducía a sí misma, se volvía máquina, categoría generativa, existencia. Mientras el blanco ecologizaba la guerra para influir en la desaparición de una de las especies, los clanes, rebalsados por el ruido de sus canales, al revés la desecologizaban. Construían su propia perdición. Los objetos que seguían el curso de la guerra española en Chaco eran los ríos, sus afluentes y cabezadas, aguadas, espesuras impenetrables y montes malos. No había montañas ni ciudades indias. No había mojones. Para los vencedores la selva se ordenaba/desordenaba según los parámetros de una rápida fuga en caso de desastre.

Los clanes que se entregaban eran de inmediato enviados a los presidios de la frontera, donde pasaban a comportarse como soldadesca informal y a la vez prisioneros. Pero lo sintomático era que ya no podían regresar al Chaco. Una traición no se olvidaba jamás entre las tribus aún libres. Los principios morales, de una pureza juvenil, en la guerra disparaban contra ellos mismos. Los traslados de prisioneros indios eran causa de bajas continuas. Por su derroche en vidas se parecía a los barcos negreros de la modernidad. Cada alto suponía fugas y muertes caucionales. Pero el tema central de las órdenes era destruir la «ociosidad» india³⁸. Esto suponía en el imaginario europeo que el sistema de especialización de la economía natural no requería esfuerzo; que la alimentación de los clanes se

³⁸ Idem, pág. 356.